

esta órden para honor de las escuelas, de las universidades, del estado y del mundo literario. Baste decir en conclusion, que herederos del ministerio y espíritu de su glorioso padre, han dado preciosos y abundantes frutos á la Iglesia y á los estados de santidad y de sabiduría bajo la tutela de la Madre de Dios, cuya devocion y santo rosario han extendido por todo el mundo cristiano.

Prosperad, ilustre familia dominicana. Órden venerable, prosperad, como dignos hijos de tan gran padre. Atended, os ruego, á la piedra de donde habeis sido sacados. Si os gloriais de hijos de Domingo de Guzman, seguid siempre sus huellas. Imitad su celo por la honra de Dios, por la defensa de su Iglesia y verdadera religion. Combatid con la palabra y con la pluma á los herejes y á esta nube opaca de libertinos, deistas y ateistas prácticos, que pretenden destruir por sus fundamentos el santuario y los tronos. Haced con vuestra predicacion cruda guerra á los vicios, que deforman la hermosura de la Iglesia. Instruid á los pueblos en sana doctrina, segun vuestro instituto y última voluntad de vuestro santo padre, para que imitándole, se digne Dios derramar en nuestros dias su benignidad sobre la tierra ingrata de nuestros corazones, y que estos produzcan abundantes frutos de penitencia y de santidad, como en los tiempos de Domingo, este digno ministro extraordinario del Señor, y tan fiel á su ministerio: *Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum.* Suscitad, ó mi Dios, varones apostólicos, que en estos dias lúgubres defiendan vuestra causa, consuelen á vuestra afligida esposa la Iglesia, confundan la perfidia de sus implacables enemigos, los atraigan á su seno y los conviertan á verdadera penitencia, para que todos os conozcan, os amen en vida y gocen en la eternidad. Amen.

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE BORDOY.)

Ille erat lucerna ardens et lucens,

Él era una antorcha que ardia y alumbraba.

S. Juan, c. 5. v. 35.

Si hay tiempo, señores, de trabajos y humillaciones para la esposa de Jesucristo, que profundamente amargan el corazon del fiel cristiano, le hay tambien sin duda para ella misma de alivio y ensalzamiento, que calma los sobresaltos del pecho oprimido de los buenos seguidores de su santísima ley. En cualquiera parte que abramos los anales que contienen sus hechos, ahí encontraremos marcada con toda evidencia esta verdad consoladora, que fué siempre el apoyo y sosten de la esperanza de los justos y santos. Son en verdad inapeables los juicios del Eterno, y á nadie es dado penetrar la profundidad de sus arcanos; pero sin embargo en esta economía de su adorable providencia, en vez de su hija predilecta descubrimos la omnipotencia de su brazo, y toda la vehemencia de su amor. Lágrimas de ternura arranca por cierto del corazon piadoso el ver á esta misma mano de Dios como en medio de las augustias y tormentas de su Esposa cariñosamente la halaga y acaricia. ¡Qué gracias tan singulares no le dispensa entónces! qué inmensos favores no derrama en su seno oprimido! Léjos de nosotros los cuadros sombríos y negros colores con que algunos genios petulantes é impíos han querido amancillar la gloria y hermosura de esta paloma sin mancilla. Ella nada en aire de triunfo sobre las aguas del diluvio, y se burla de las ruinas y destrozos que su impetuosa inundacion habian causado. No, jamas sucumbirá, porque el Salvador, que la ha engendrado con su sangre, ha impreso en ella el sello del triunfo y de la victoria. Así es que tan pronto notamos va á oscurecerse algun tanto, el Señor en

su misericordia hace luego aparecer sobre ella astros brillantísimos, que recuerden á los mortales su solidez, su pureza, su gloria y su majestad.

¡Con qué placer pues, señores, voy á señalaros en este día á uno de estos astros de primera magnitud y extraordinario esplendor! Pero confieso francamente que no es dado á mi tosco pincel ni siquiera bosquejar tanta elevacion, tanta grandiosidad y belleza como se reúnen y admiran en santo Domingo de Guzman. Solo puedo deciros, que la Europa entera ha fijado en él su atencion; que el Vaticano le ha juzgado digno de sus alabanzas y alta proteccion; que los monarcas se han hecho un deber en honrarle; que el episcopado le ha llamado á las funciones de su ministerio; que los sabios y oradores elocuentes le han tributado sus encomios y elogios; y que la sociedad entera de los fieles le ha respetado como á una columna de su fe y valiente defensor de la verdad del Evangelio. ¿Cómo pues admirarémos que los pueblos y ciudades corriesen en pos del suave olor que despedían sus vestidos de virtud y santidad, y levantasen sus manos al cielo en ademán de agradecidos por don tan precioso como les habia dispensado? Pues que en santo Domingo veían un vaso de eleccion, en que se derramaban los exquisitos licores del amor y misericordias del Señor; un genio bondadoso, que á do quiera que volaba, allí corrían raudales de felicidad y bienandanza; un taumaturgo poderoso, que mandaba á los elementos, á la muerte, al infierno mismo; un médico universal, que curaba cualquiera dolencia, y restituía las fuerzas y la salud; un consolador amoroso, que endulzaba las aguas amargas de los contratiempos y adversidades con el bálsamo de consuelos celestiales y sólida esperanza; y en fin veían en Domingo de Guzman un sol hermoso, un astro brillante, una resplandeciente estrella, que con los resplandores de su virtud y los rayos de su palabra iluminaba y abrasaba sus almas. Oh! quiera Dios que estas últimas palabras, que deben formar el asunto de mi elogio, os hagan comprender toda la elevacion de grandeza á que fué sublimado este Benjamin amado del salvador Jesus!

Pero vos solo, Señor, podeis concedernos esta gracia. ¿Qué valemós sin vuestra ayuda y vuestros auxilios? Solo os pedimos un rayo de aquella luz y una centella de aquel fuego con que abrasasteis al corazón de Domingo é iluminasteis las potencias

de su alma. ¡Con qué dignidad y provecho anunció vuestra palabra! Haced, Dios mio, que fructifique ahora en nuestros pechos. Y vos, Virgen inmaculada, no desoigais nuestras voces, cuando para el elogio de vuestro capellan os pido vuestro amparo y proteccion. ¡Cuánto os amaba, Señora! cuán tierna y frecuentemente os saludaba! Para obligaros, mi reina, uno ahora mis voces con las tuyas, cuando en el fervor de su devocion os apellidaba con el ángel llena de gracia. *Ave María.*

Convengamos, señores, que de entre los diversos destinos á que el hombre es llamado por la divina Providencia, el mas honorífico y brillante es el que se dirige á iluminar y rectificar el corazón de sus semejantes: pues que á mas de ser una prueba bien positiva de la suma confianza que de él hace Dios, á nada ménos se dirige que á renovar la imágen hermosa de la creacion, que con tanto esmero imprimieron en nuestras almas sus manos divinas. El mismo Salvador, luego que hizo pública su mision en la Judea, anunció claramente este encargo que su divino Padre le habia confiado: pues dice que habia venido para reunir á las ovejas de Israel que se habian dispersado, consolidar lo que estaba quebrado, dar vida al que no la tenia, y al que la tenia ya dársela en mas abundancia; puesto que él era luz, verdad y camino. Cuando quiso tambien el mismo Jesus dar á las turbas un testimonio claro de cuán apreciable le era la persona de su Precursor, aludió á este ministerio augusto, llamándole antorcha que abrasa y brilla, y voz asimismo que resonando en el desierto, preparaba de esta manera los caminos del Señor. ¡Cuán elevado pues y sublime debe de ser este destino, que así se muestra de él revestido el Salvador del mundo, y de él se sirve como motivo de alabanza!

Pero bien pronto, señores, va á entrar Domingo en tan hermosa y brillante carrera. Así lo ha decretado el Eterno, y no tardarán los momentos en que este héroe singular figure de una manera maravillosa en los designios de su divina providencia. Designios que lo son de luz y de fuego, que abasarán é iluminarán al mundo con los resplandores del Evangelio y con los ardores de la caridad divina. ¡Con cuánta pompa anuncia el cielo este su llamamiento! ¿Cuándo se ha pronunciado de un modo mas claro y terminante? Recordad, si os place, los felici-

ces anuncios con que tuvo á bien revelarnos la entrada en el mundo de otros ilustres personajes; solo en Domingo de Guzman observaréis un interes particular, una cuidadosa solicitud, que se toma el cielo en añadir maravillas á maravillas, para que en ningun tiempo equivoquemos la importante mision á que Dios le ha destinado. No dejan lugar para dudarlos tres soles que se aparecen y brillan en el firmamento, dos hermosas imágenes que de repente se observan en Constantinopla; un cachorro que tiene en su boca una hacha encendida; un enjambre de abejas que fabrican en sus labios un panal; un santo abad que anuncia de él cosas grandes y extraordinarias; un venerable sacerdote que profetiza desde el altar la salud de Israel, y una estrella luminosa en su frente que deslumbra con sus resplandores. Preguntad ahora, ¿qué linaje de predileccion es este, que el cielo explica con tan ruidosos prodigios? y preguntad tambien, ¿á qué viene ese agraciado niño que forma ya las delicias del Señor, y el centro á do se dirigen las líneas de su amor divino? Oh! y cómo oye ya en el vientre mismo de su madre la dulce voz de su amado que le llama! cómo le abre la concha de su corazon para recoger el rocío de su gracia! cómo pugna para romper las paredes de la cárcel que le detiene, para volar á pegar fuego al mundo con los ardores de la caridad que le abrasa!

Yo dejo, señores, á vuestra consideracion si bajo tan felices auspicios desempeñará Domingo con severa exactitud la comision tan difícil y trabajosa que el cielo acaba de encargarle con prodigios tan estupendos. Pero Domingo es el varon dichoso, que ha sido cortado á medida del corazon de Dios, y sus bendiciones celestiales le rodean ya en la cuna en que se mece, y le seguirán hasta la tumba en que se sepulte. Le visteis en su infancia rehusar en algunos dias la leche de su madre, postrarse en la dura tierra para mortificar su cuerpecito, y dirigir sus tiernas manos al cielo, en donde estaba ya su tesoro; pues reconoced en estos esfuerzos de su fervor infantil las primeras materias que preparan las manos del Señor para el pábilo de esta antorcha, que debe anunciar la gloria de su nombre hasta las extremidades mas remotas del universo. Desde estos momentos impulsa Dios fuertemente á su corazon, y la universidad de Palencia es la primera que goza del suave resplandor de esta antorcha, que para su ventura y felicidad ha conducido la Pro-

videncia á sus claustros. Dia memorable en que la ciencia va luego hermanada con la virtud, las tareas literarias con los ejercicios de piedad, el deseo del saber con los sentimientos de moderacion y sobriedad, las controversias profundas con el espíritu de humildad; en una palabra, en este dia célebre se ven brillar á la par en los jóvenes escolares la aplicacion y recogimiento, la modestia y oracion, la sujecion de los sentidos y el total enfrenamiento de los deleites y placeres de la carne. Pero tan repentina mudanza la atribuyen los sabios maestros de aquella universidad á los resplandores que despide de sí la antorcha brillante de virtud y santidad de su querido discípulo Domingo de Guzman. Al paso que descubren en él un ingenio vivo, un entendimiento claro, una penetracion profunda, observan en él todos los caracteres de una santidad elevada: un trato y comunicacion íntima con su señor y Dios: una abstraccion entera de todas las criaturas: una mortificacion continua de su cuerpo: un fondo de verdadera y sólida piedad: un amor sincero á la religion: una dulzura y amabilidad que encantan: y en su rostro las facciones de un ángel absorto siempre en la contemplacion de su Criador. No ignoran aquellos sabios maestros que el adelanto en las ciencias es á proporcion de los progresos que se hacen en el camino de la virtud; y ahí fijan el manantial de los vastos conocimientos que pusee Domingo de todas las materias teológicas, de la inteligencia profunda de las escrituras divinas, del conocimiento exacto de los concilios y padres, de la erudicion extensa de todos los ramos de disciplina, y en fin de aquel tesoro inagotable de ciencia, del cual, para valermé de las expresiones de Jesucristo, sacaba siempre Domingo noticias nuevas y peregrinas. ¿Cuán pronto le saludan con el título de maestro y de doctor! Cómo se congratulan al ver á esta luz despedir desde la silla de sus cátedras su ardor y resplandores!

No es mi ánimo, señores, individualizar por menor todos los rasgos brillantes del celo y fervor de nuestro héroe en cualquiera parte que fije sus piés. Mi memoria se confundiria, y ademas es casi imposible en un panegírico poder compendiar aun los principales. Pero es tan rápido y luminoso el curso que sigue este astro, que sin dar lugar al descanso, llama luego nuestra atencion á hemisferios nuevos, en donde brilla con mas majestad. Preparaos luego á ver resplandecer su santidad

en el venerable cabildo de la santa iglesia de Osma. ¡Cómo cambia al momento de aspecto este cuerpo respetable! Qué modelo tan acabado de perfeccion ven los canónigos sentarse á su lado! No es ya un viador en la tierra, es sí un ciudadano del cielo con quien conversan y tratan; es una imágen acabada del Salvador, que continuamente hiere á sus ojos. ¡Qué rio de elocuencia cuando les platicaba como su superior! Qué espíritu eclesiástico cuando le trataban como á su arcediano! ¿No es verdad, dirian, que solo al verle se conmueve nuestro corazon? que al oírle sentimos abrasarse nuestros pechos con las llamas de la caridad? Qué astro es este que así dirige nuestros pasos é ilumina nuestras almas? Qué sacerdote es este que así se presenta al altar como un ángel con seis alas, que desciende sobre su cabeza un globo de fuego, símbolo del Espíritu santo; y que la Virgen santísima le sirve de ministro en el incruento sacrificio? Qué anacoreta es este que ni come ni duerme y desgarrá sus carnes con sangrientas disciplinas? Qué Benjamin es este que así trueca su corazon con el de su amado, y le da tiernos abrazos? Su obispo entónces corre á estrecharle contra su pecho, derrama sobre su seno lágrimas de ternura, y le da el ósculo de paz. Un gozo puro baña su alma, y mientras se da el parabien á sí mismo por haber atraído á su iglesia esta antorcha brillante, concibe las mas lisonjeras esperanzas de que muy en breve el mundo todo será ilustrado con sus resplandores.

El cielo otra vez, señores, da á entender ese prodigioso acontecimiento, y esa trasformacion maravillosa, que mudará toda la faz de la tierra. No se cansa seguramente cuando se trata de consolidar la mision de su embajador. Yo veo á un sacerdote que desde el altar le proclama por el reparador de la Iglesia: á Honorio III que le ve sostener con sus hombros la iglesia de Letran que va á desplomarse: á la virgen María que se opone para detener el ímpetu de tres lanzas que su Hijo divino tiene en sus manos para descargarlas sobre los pecadores: á san Pedro, que entregándole un libro le dice, anda y predica, que para esto eres elegido: y á santa Catalina de Sena, á quien revela Dios que si envió á su Hijo para redentor del mundo, ha destinado á Domingo para repararle. Desde estos momentos ya nadie resiste á la fuerza de sus palabras y al fuego de su caridad. Como torrente impetuoso todo lo arrastra y

lleva en pos de sí. Galicia, las Castillas, Tolosa en Francia..... Pero aquí fijad, señores, vuestra atencion, como el glorioso teatro de su celo é ilustres hazañas. Bien presto el negro horizonte que cubre á esta última malhadada ciudad se desplegará á la presencia de esta luz, que arrojará sus tinieblas al abismo de donde han salido. Entre tanto considerad las pesadumbres y trabajos que le aguardan, las atroces calumnias y malos tratamientos que le esperan, el cansancio y fatiga que oprimirán á sus miembros desfallecidos ya con las vigalias y penitencia. Pero yo me valdré de la bella expresion de san Agustin hablando de otro santo: Domingo es una antorcha, que cuanto mas se agita, arroja mas resplandor. Á pesar de los esfuerzos y conatos de los herejes para desacreditarle, apénas pone los piés en Tolosa, que sus campanas dan señales de alegría y regocijo; el cielo y la tierra se conmueven al publicar el santísimo Rosario; una estatua de la Virgen levanta un brazo en ademan de venganza, y luego le baja por las súplicas de su siervo; y la horrible tempestad se calma al instante que Domingo interpone su intercesion. No tarda esta luz brillante en coger los frutos de su benéfica influencia. Su resplandor hiere á su huésped, y al momento se convierte; un guia falso le precipita en barrancos, y luego postrado á sus piés abjura el error; dos señoras respetables, desviadas de la fe verdadera, al instante la abrazan; cuarenta y tres piratas imploran en seguida su perdón; y tres mil albigenses ponen en las manos de Domingo la palma del triunfo.

Pero ah! y qué amargos recuerdos han excitado en mi memoria estas últimas palabras! Me recuerdan á una secta impía que se burlaba de Dios y de los hombres. No hay extravagancia que no adopte; no hay delito que no santifique; no hay absurdo que no apruebe, ni hay torpeza que no cohoneste. La sublevacion é independenciamira como un deber, la sumision y vasallaje como un crimen, y al poder y autoridad como tiranía. Revolved cuanto se ha dicho en todos los siglos de impío y obsceno, de licencioso y sacrilego, de atrevido y mordaz, ya contra Dios y su Cristo, ya contra la Iglesia y sus miembros, ya contra el supremo Pastor y obispos, ya contra la Virgen y santos, y ya contra la Religion y sus dogmas, y todo lo veréis reunido en los seguidores de esta secta infame, monstruos que el infierno en su furor vomitó para asolar á toda la tierra y des-

pedazarla entre sus garras. ¿Pero qué vale el error y mentira contra la luz y verdad? qué puede el impío, que al instante pasa, contra el poder de Dios que no acaba jamás? Pero Domingo es el que se presenta en el campo de batalla para derribar á aquella bestia feroz, y lo consigue. Porque ¿cuándo jamás las tinieblas no han sido vencidas por los rayos del sol? Este humilde David, armado solo de su fe y confianza, corta la cabeza al infame Goliat que osaba insultar á las filas de Israel. Para eso; qué lágrimas no derramaba, qué vigiliass no prolongaba, qué penitencias no multiplicaba, y qué suplicas no interponia! O Dios mío, salvador de los hombres ¿por qué no os acordais de vuestra sangre y de vuestras misericordias? Demasiado tiempo há, Señor, que monstruos horrendos devastan vuestra heredad, langostas hambrientas devoran vuestra viña, y lobos malignos despedazan vuestras ovejas. ¿Por qué no os levantais y los confundís? Oh! y cómo le veriais entónces arrostrar peligros, allanar dificultades y vencer obstáculos! Cómo le veriais mandar á los elementos, cautivar los corazones y sujetar á su arbitrio la naturaleza toda! Cómo le veriais animar á los legados de su Santidad, enfervorizarlos en su empresa y alentarlos en sus trabajos! emprender largos viajes, correr de pueblo en pueblo, y hasta las cabañas mas oscuras! Cómo le veriais entónces ocupado en instruir, enseñar y exhortar, en sostener largas disputas con sus enemigos, y en entrar de nuevo en repetidas conferencias, y lanzar sobre ellos desde el púlpito los rayos de su predicacion! Cómo le veriais obrar aquel estupendo milagro, arrojando al fuego un libro de su fe, que las llamas respetan; fundar un monasterio para vírgenes, en que la perfeccion evangélica se establece; y derramar en todas partes el alivio y el sustento que apartan los peligros que asechan al pudor y fidelidad! Cómo le veriais ceñir la espada al conde de Montfort, infundirle en su pecho con el soplo de su aliento el esfuerzo generoso de los Macabeos, y coronarle con los laureles de la victoria, cuando aquella famosa batalla en que un puñado de gentes venció á cien mil combatientes, dejando en el campo veinte mil cadáveres! Cómo le veriais entonar por las plazas y calles el cántico suave del santísimo Rosario de la Virgen inmaculada; llevar en triunfo su imágen é infundir en todas partes el afecto y devocion que se merece! Cómo le veriais... Pero en fin, señores, Domingo vence, la herejía se va

aniquilando, el oprobio y vergüenza cubre á los enemigos de la fe, la Religion y piedad recobran sus derechos, y los resplandores del cielo y santidad de nuestro héroe añaden á la Iglesia uno de los mas bellos trofeos que ennoblecen su historia.

Pero estos resplandores, señores, aun no se eclipsaron aquí. La celebridad y nombradía que tan ilustres proezas adquirieron al nombre de Domingo, hicieron volar su fama á otros pueblos y naciones, y le preparan nuevos teatros de gloria y esplendor. Aun hay pecadores que convertir, aun hay ignorantes que instruir, aun hay sabios que ilustrar, aun hay justos que enfervorizar, aun hay santos que formar, y aun hay prodigios que obrar. Yo me asombro de tanto esplendor y brillantez con que resplandece Domingo en España y Francia, en Italia y Alemania, y en muchísimos pueblos y provincias de toda la Europa. Yo no sé si le podré seguir cuando en sola la Lombardia convierte á cien mil pecadores: cuando en los palacios de los reyes y casas de los grandes les edifica con sus ejemplos é instruccion: cuando en Alemania calma sediciones sangrientas: cuando en Roma obra la famosa resurreccion de aquellos tres célebres muertos: cuando en el concilio de Letran le escuchan los padres como á oráculo: cuando en el Vaticano explica á un concurso numeroso las sagradas Escrituras, mereciéndole el título honroso de primer maestro del sacro palacio; y cuando finalmente establece en todas partes en que predica el reino y el imperio de Jesucristo. Hazañas ilustres, asombrosas proezas, con cuya narracion me prometo algun tanto haberos manifestado los resplandores de esta antorcha brillante, que el cielo en su misericordia nos concedió para consuelo de la Iglesia y lustre de su nombre. Bien puedo exclamar aquí: ¡ó fuego! ó caridad! ó luz! ó resplandor! cuántas sombras habeis disipado! cuantos bienes habeis producido! Los bronceos y mármoles perpetuarán vuestra memoria, y una generacion numerosa de celosos levitas os mantendrán inextinguibles hasta el fin del mundo.

Ved ahí pues, señores, cuán sencillamente hemos venido á parar en el período mas brillante del curso luminoso de este astro, de esta antorcha y estrella resplandeciente. De tí hablo, ó religion dominicana, obra maestra de las manos de tu santo fundador, y espejo desde donde reflejan sus rayos y resplandores para atraer á todas las naciones del universo. ¡Cuántas

naciones idólatras has ilustrado, cuántos pueblos bárbaros has civilizado, cuántos incrédulos has convencido, cuántos impíos y apóstatas has reducido, y cuántos obstinados has santificado! Brillas en las academias y universidades, en las cátedras y púlpitos, en las cortes y palacios de los reyes, en las sillas pontificales, y bajo el solio del Vaticano. La Iglesia te ha mirado siempre como á su brazo derecho, y torre pertrechada de toda arma para su defensa, y como á la mas excelsa de las órdenes mendicantes. ¿Qué trofeos penden de las paredes de sus templos, que tus manos no los hayan allí colgado? Qué acontecimientos singulares han acaecido para su gloria, en que tú no hayas figurado? Qué conquistas espirituales han aumentado sus dominios, en que tú no hayas tenido parte? Á su primera silla has dado cuatro sumos pontífices; á su sacro colegio setenta y cuatro cardenales, y á las santas iglesias un sinnúmero de patriarcas, arzobispos y obispos. En sus altares has colocado trescientos noventa santos; en sus martirologios un ejército innumerable de mártires; y en sus claustros una infinidad de esclarecidos varones y vírgenes célebres. ¿Para qué nombrar entre estos á san Vicente Ferrer, Raimundo de Peñafort, Pedro de Verona, Francisco de Posadas, Luis Beltran y Catalina de Sena; y entre los ocho mil escritores que han ilustrado todos los ramos del saber, á los Natals, á los Mamachis, á los Paluceis, á los Orsis, á los Gottis, y otros mil que pudiera citar para tu gloria, cuando en mi concepto en solo santo Tomas de Aquino están cifrados todos tus elogios y todas tus grandezas? ¡Qué brillante tan hermoso engastó Dios en tu corona! Qué dádiva tan rica y preciosa puso el Señor en tus manos! Él es el baluarte de la Iglesia, el defensor de sus dogmas, el sostenedor de sus derechos, el propugnador de su sana moral y el martillo que aplasta la cabeza á los filósofos y herejes. Por él hablan los sumos pontífices; por él definen los concilios; por él se explican los teólogos; por él enseñan las universidades; por él se instruye en los colegios; y por él se levantan en todas partes preciosos monumentos á la piedad y al saber. ¡ Á qué extravíos no se expone quien abandona á Tomas! ¿Cuán recto camino encontrará quien siga sus pasos? Sol es que ilumina, estrella que dirige y fuego que abrasa.

Tuya es la gloria ¡oh mi querido Domingo! Estos tus respaldores han formado este numeroso pueblo de santos. Con

ellos ilustra nuestras almas; desprende nuestros corazones de los bienes terrenos, y enciéndelos con el fuego del amor divino. Nada nos agrada mas que Jesus; nada mas anhelemos que Jesus; nada mas amemos que á Jesus. De esta manera nuestra conducta será parecida á la tuya y á las máximas del Evangelio; prometiéndonos entónces gozar en compañía tuya del sumo Bien por siglos eternos. Amen.